20 cts.
LA NOVELA
CORTA
El brote
Carmen de Burgos (Colombine)

COMPRE USTED EL PRIMER TOMO DE

BIBLIOTECA GALANTE

que publica una intencionada y bellísima novela original de JOHN CLELAND, titulada

Memorias de Fanny Hill

MUJER GALANTE

(TRADUCIDA POR GUILMAIN)

De venta en librerías, kioscos y Bibliotecas de Estaciones.

Precio: 1,25 pesetas.

La novela TEATRAL

publicará mañana domingo el

sainete lírico en un acto, titulado

LA REVOLTOSA

original de

JOSE LOPEZ SILVA Y CARLOS FERNANDEZ SHAW

40 cts.

N. 491
Año X

LA NOVELA CORTA
DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

Madrid 18
Abril 1925

ADMINISTRACIÓN: CALVO ASENSIO, 3, MADRID. — APARTADO 8.008. TELÉFONO J-624.

Edición de 1925
550

XX Feria Libro Ocasión Almería
MARZO 2002 → 15 €

EL BROTE

NOVELA INEDITA

Carmen de Burgos (Colombine)

I

Tuvo que ponerse la mano delante de los ojos al abrir la ventana. La deslumbraba aquella luz tan brillante, tan cegadora. En el colegio madrileño dejaba la ventana abierta para levantarse temprano y jamás la molestó la luz grisácea que llegaba hasta ella como filtrada por un dédalo de patios y corredores, en los que el sol no penetraba nunca.

Le costó un esfuerzo recordar donde estaba. Veía a sus pies el maravilloso jardín que rodeaba la casa y se extendía hasta el mar. A la izquierda se alzaba el extenso bosque de pinares y eucaliptus; y más allá la granja agrícola, con todas sus dependencias. La separaba de ella la alta tapia de la cerca, que parecía aislarla del mundo, estableciendo una frontera, un muralla infranqueable.

Y todo aquello era suyo, era la dueña de aquel dominio ducal, de aquel parque regio, de aquella magnificencia. De pobre huérfana, educada por caridad, pasó a ser la señora de todo aquello por la voluntad de su tía doña Isabel al legarle su fortuna.

La anciana solterona la había nombrado su heredera, y ella había aceptado llena de alegría el legado.

En el fondo de aquella elección de la testadora había un egoísmo terrible. Doña Isabel se había perpetuado en ella, le había dejado la esclavitud de una eterna obediencia.

Recordaba a su tía, que apenas la sonreía, en las cortas temporadas que la tuvo a su lado. Doña Isabel era la rica de la familia, la habían educado de un modo egoísta, en el que todo estaba subordinado a su capricho. Desde niña adquirió una alta idea de sí. Se había hecho una especie de princesa reinante, que tenía sus estados dentro de aquellas tapias y no salía jamás de ellas para no sentirse destronada. Su orgullo la había apartado de todos los sentimientos tiernos. Joven

Las novelas "inéditas" que publica esta Revista, son consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

(BALSRC-417)

había sido una virgen bárbara, inasequible, ante la que habían retrocedido todos los que dirigieron los ojos a su belleza y a su fortuna.

En medio de aquel paisaje riente, soleado, entre sus bosques y su mar, ella sentía como una hostilidad hacia la naturaleza. Algo semejante a odio al aire y a la luz.

Se había aferrado a la rutina, a mantenerlo todo inmovilizado, tal como estaba medio siglo antes. No había querido aceptar ningún adelanto del progreso: ni automóvil, ni teléfono, ni telefonía sin hilos. Había sido la última de todo el lugar en instalar la luz eléctrica, que no entraba en su alcoba, donde aún se usaba la clásica *mariposa* de cartón y aceite.

Sentía un fervoroso ardor de conservarlo todo inmóvil, de mantener la tradición. Un celo por su rango y su respetabilidad. Aquella naturaleza fuerte, fecundante, no influía en ella. Parecía que las cosas no le hablaban sino para volverla más sorda, para tornásele más odiosas.

Tenía una ermita donde se decía misa todos los domingos y se celebraban las principales festividades, dentro de su propiedad. A la llamada de la campana acudían los labradores y las gentes de alrededor, cuyo respeto la confirmaban en su soberanía.

Ella tenía una religiosidad fanática y exaltada, pero acomodada a sus deseos. Sin darse cuenta de que practicaba el libre examen tomaba lo que le parecía bien de los dogmas y rechazaba lo demás; pero solía dar limosnas cuantiosas, que hacían exclamar a su confesor:

—Doña Isabel tiene sus rarezas, pero es una bendita en el fondo.

Transigía ella con el clérigo porque no le daba idea de hombre. Su característica era el odio al macho, de todas las especies. No quería gallo en su gallinero, ni perro ni gato en su quinta. Las gatas y las perras, estaban condenadas a perpetua virginidad y como había oído que el ayuno y el trabajo eran guardas de la castidad, obligaba al ayuno a las criadas, les hacía trabajar mucho, y les consentía pocos cuidados con sus cuerpos, enemigos a los que había que martirizar. Los baños que a ellas les negaba se los propinaba a los animales.

Al doblar el cabo de los sesenta la acometió la preocupasión de arreglar sus asuntos terrenales para prepararse al viaje definitivo. No concebía que se pudiera morir una persona sin dejar sus cosas arregladas.

Decía que deseaba desprenderse de todo para no pensar más que en la otra vida. Disfrazaba así su deseo de perpetuarse, de seguir mandando e imponiéndose después de la muerte.

No quería cerrar los ojos con la serena tranquilidad y despreocupación de los que ven un límite en la muerte. Ella estaba obsesionada con la continuación.

—En la tierra—decía con una hipocresía de la que era la primera víctima—, no somos más que depositarios de los bienes que Dios nos ha confiado, y tenemos el deber sagrado de hacer buen uso de ellos y emplearlos en su servicio.

Comenzó a preparar su testamento con verdadero deleite, cuidando primero de los detalles nimios.

Ante todo había que cerciorarse bien de que estaba muerta. La asustaba resucitar dentro de su nicho, pero no quería que se hiciese la prueba de cortarle la yugular que podía evitar una resurrección oportuna. Debían dejarla varios días, hasta dar el espectáculo de su descomposición, y luego llevarla al panteón de familia, donde ya se había construído un nicho.

—Tengo horror a que me echen tierra en la cara. Con esa sola idea siento ya dificultad para respirar.

Se ocupaba de todo con un deleite macabro. La habían de lavar y amortajar sus viejas criadas, a las que dejaba por eso cuantiosas mandas, y la habían de vestir de blanco, con su palma. Era su vestido blanco de novia y su atributo merecido y no quería prescindir de ellos.

Después venía lo más difícil. ¿Quién había de ser su heredero? ¿Qué aplicación había de dar a su fortuna? ¿Qué debía hacer de sus dominios?

Por lo pronto ya había ordenado que nada se dividiera ni se vendiese. Ese temor le hacía no dejarlo a la Iglesia. Pensaba en un colegio, interno de niños pobres, pero no sentía gran amor por los niños. Tenía para ellos una sequedad de solterona, y parecía distinguir en los tiernos retoños del árbol humano, frescos aún, los brotes del pecado. Un asilo de pobres la molestaba por la idea de los administradores, los conserjes, los criados, que irían a turbar aquella serenidad de su Parque, como si la hubieran de estorbar en paseos invisibles.

Además nadie aceptaba el dominio para establecer los asilos o las escuelas sin que quedase una renta fija para contribuciones, reparaciones y sostenimiento. El crear aquella renta la hubiera obligado a vender parte de su espléndida propiedad y era eso lo que ella no quería,

Había luchado mucho contra la envidia de sus convecinos. No había ninguna otra propiedad tan extensa y tan bien situada en toda la comarca, a pesar de ser un lugar de fincas antiquísimas, que hablaban de la rancia nobleza del país.

Cuando comenzaron a dividirse las propiedades ancestrales, para construir casitas y chalets modernos, cayeron sobre doña Isabel las proposiciones para que vendiese parcelas de su terreno.

Se negó a oir siquiera hablar de eso, como si fuese cosa que la ofendiese.

Llegaron hasta el extremo de querer despropiarle una parte para utilidad pública, haciendo pasar una calle por medio del soberbio pinar, que veía desde la ventana, tendido a sus pies, unidas las copas, como si fuesen una maravillosa alfombra verde.

Sostuvo un pleito, que ganó aunque costándole mucho dinero, para probar que las calles cercanas y los paseos próximos la redimían de ese deber de servidumbre.

Adivinaba el odio de los convecinos celosos de su propiedad en las miradas que le dirigían las pocas veces que salía de su recinto. Por eso oía misa en su templo y solo salía de paseo en coche. Pero aun así creía ver siempre rostros hostiles, asomando por cima de las tapias.

Era mejor dejarlo todo a una persona con la condición de cumplir sus últimas voluntades, conservarlo todo como estaba y no vender ni fraccionar nada. Quería perpetuarse para seguir fastidiando a sus convecinos en una venganza póstuma. Pero ¿quién podía ser la persona que la heredase, y la representase a perpetuidad?

Doña Isabel buscaba en torno de ella sin hallar a nadie lo bastante apropósito para sus designios. Sus servidores debían seguir en sus puestos, pero no llegar a escalar el suyo. Su viejo administrador, como hombre, casado y padre, estaba excluído. Sus escasas amigas no podían aspirar a llegar a ser sus herederas. ¡Tal vez se alegrarían de su muerte! Le parecían interesadas, todas las que la visitaban o trataban de obsequiarla, en que desapareciese para gozar sus dominios.

Tenía un ahijado, hijo de una amiga de la infancia, viuda y servicial, y pensó en él. Era un jovencito modesto, aplicado, muy virtuoso y discreto, al decir de la madre. Estudiaba para cura y esa era una buena condición para su deseo de que no hubiese amores que profanasen su morada. Además el ser cura para ella era pertenecer al tercer sexo.

Invitó a la madre y al hijo a comer con ella. Y ya se sentía llena de afecto por el ahijado cuando se le ocurrió a la madre decir cariñosamente:

—Cuando tú seas sacerdote vendrás a decirle misa a tu madrina.

—Cuando yo sea cura—respondió brutalmente el muchacho—la madrina ya se habrá muerto.

Su expontaneidad le costó la fortuna.

Se acordó doña Isabel entonces de aquella hija de su sobrina, que tenía in-

terna en un colegio de monjas de la corte y que llevaba su mismo nombre. La había tenido dos veces en su casa y era una niña modesta y tímida, que, según le afirmaban, se parecía mucho a ella cuando niña. ¡Era muy bonita María Isabel! Y las monjitas le decían que tendría vocación de religiosa a poco que la cultivaran. Era muy seriecita, muy casta y muy buena.

Cuanto más lo pensaba más se inclinaba a aquella solución. Además ella pondría una clausula en su testamento que asegurara la obediencia y la soltería de la joven.

Si se casaba perdería su herencia, que pasaría a emplearse en un asilo de viejas solteras, regido por monjas. Era lo bastante apetitosa la fortuna que dejaba para asegurarse de la obediencia de la heredera.

Hecho sí el testamento tal vez le hubiera agregado más clausulas prohibitivas la buena señora, de no sorprenderla la angina de pecho y acabar con ella en pocas horas.

María Isabel había aceptado la herencia con alegría y agradecimiento. Se proponía dar satisfacción en todo a los deseos de su bienhechora. La encantaba el respetarlo todo como estaba, conservar los viejos servidores, hacer una vida señorial y libre en aquel paraíso. No conocía el mundo, no había ido a diversiones, no se había despertado su naturaleza al amor y le parecía muy fácil ser dichosa.

Entre la sujeción del convento, costeado de limosna y la necesidad de buscar una manera de vivir, que tal vez era el claustro, y el ser dueña y señora del magnífico dominio, con medios de sostener una existencia espléndida, el contraste era tan grande que la embriagaba la felicidad.

II

Durante algún tiempo no pareció haber variado allí nada, con el cambio de dueña; era como si doña Isabel se hubiese rejuvenecido. Como la difunta no tenía amistades, nadie vino a visitar a la nueva propietaria.

La puerta de la verja continuaba sin abrirse más que para los proveedores, que doña Isabel había cuidado de que fuesen sólo mujeres: Panadera, lechera, vendedoras de pescados o de aves.

María Isabel pasó los primeros meses entretenida en ver todo aquello. Encontraba excelentes los apetitosos guisos de Mariquita, la cocinera, que fué niñera de su tía y aún estaba fuerte y agil como una muchacha, lo que achacaba a su vida de soltera.

Las otras dos viejecitas: Frasquita y Rosa, solteras también, le arreglaban sus habitaciones y le cuidaban la ropa. Antonia, más joven, pero cercana a los cincuenta, hacía los lavados y limpiaba los suelos. Ellas y los dos viejos criados, que se llamaban Francisco y había que distinguirlos por Francisco primero y Francisco segundo, eran las únicas personas con quienes convivía. Sin darse entera cuenta sentía la necesidad de tener alguna persona joven cerca de ella, alguien que rimara con su juventud y su alegría.

Cuando llegó el tiempo de hacerse los vestidos de alivio de luto admitió como doncella a Cristeta, que sabía bien de modistería para ayudarle. Los criados antiguos recibieron a regañadientes a la nueva compañera; pero al fin la alegría de la muchacha se impuso y vino a ser la niña mimada de las viejas, aunque veían con celos la predilección de la señora.

Conforme pasaba el tiempo María Isabel iba transformando la casa. Había colocado su alcoba en una de las habitaciones que daban al mar, y a cuyas ventanas subían los rosales y las enredaderas del jardín. Al lado de la alcoba instaló un cuarto de baño. Colocó luces eléctricas en todas partes, cambió los muebles del gabinete y la vajilla del comedor.

¡Ni el jardín respetaba! A pesar de la resistencia de los dos Franciscos había llamado a un jardinero de la ciudad para hacer nuevas plantaciones de flores extrañas que jamás se habían cultivado allí, y sobre todo de rosales, de tal manera que cambiaba el aspecto antiguo.

Se transformaba todo, un gallinero nuevo, con fachada de palacio en miniatura, con departamento para pavos reales, frente al lago poblado de cisnes, de patos y de gansos.

Pero el escándalo llegó a su colmo cuando quiso vender la berlina de la señora y comprar un automóvil.

En aquella ocasión le salió al paso el administrador, ya enfadado de no haber sido atendido por la joven, en sus observaciones, cuando se creía con derecho a disponer, en su doble condición de albacea testamentario, administrador y amigo de la difunta.

—Hay clausulas muy claras en el testamento de su señora tía—le dijo—. No puede usted vender nada, sopena de perderlo todo.

—Pero no me está prohibido comprar lo que me parezca—respondió la joven.

—¡Naturalmente!

—Entonces compraré el auto y dejaremos en su lugar la berlina.

El buen señor no se atrevió a replicar a lo que se le parecía una burla.

—No era ese el espíritu de doña Isabel—dijo—. Ella quería que continuase todo como estaba. Debíamos haberlo especificado mejor.

Pero como nada se lo impedía, María Isabel compró su Citroen y admitió un chófer.

Aquella nueva ofensa a la tradición y la presencia de otro criado joven colmó la indignación de las gentes de la casa. Francisco primero, que era el que guiaba las dos mulas castellanas de la antigua berlina, cuando doña Isabel salía de paseo, no pudo soportar la humillación y se despidió.

María Isabel sentía el rencor y la hostilidad de los demás criados en torno suyo. Adivinaba su murmuración y solía reirse con Cristeta del escándalo que provocaban sus innovaciones.

—¡Si la señora levantara la cabeza!—solían decir las viejas en sus conciliabulos.

—Veréis como quiere Dios que un día se enamorique y se case y nos quedamos en paz—decía Antonia.

—¡Sería una solución!—suspiraban las otras.

Pero Mariquita, que no había querido casarse por no dejar su vida cómoda, al lado de su dueña, añadía con convencimiento:

—No es tonta para hacer esa locura.

Se reía a boca llena María Isabel al oir esos comentarios.

—Mariquita es una sabia. No pienso en casarme jamás, sino en permanecer aquí tranquila y darme buena vida.

—La señora hace bien—aplaudía la criadita, aunque ella tenía novio.

—Parece que se habían creído que iba yo a estar prisionéra como el Papa en el Vaticano. Yo quiero pasearme, tener amigas y divertirme lo que pueda. Eso no tiene nada que se oponga a mis propósitos de continuar soltera.

Salía todas las tardes en su auto, y no tardó en tener amigas que la acompañasen, entre las jóvenes que llegaban a veranear en las fincas vecinas.

Sus trajes de moda, ligeros, claros y descotados, asustaban a las viejas criadas, acostumbradas a los severos vestidos de doña Isabel. El escándalo llegó a su colmo cuando apareció tendido en la cuerda que había cerca del estanque del lavadero, entre las camisitas y los calzoncillos de muñeca, que ya eran de por sí un escándalo, el bañador con pantalón y casaca. Antonia y Mariquita se despidieron también como Francisco primero.

María Isabel, que no parecía inquietarse con eso, reemplazó a la segunda por un cocinero. No quedaban ya de los antiguos criados más que Frasquita y Rosa,

y de los hombres Francisco segundo, que había pasado de jardinero a conserje y parecía resignado con su suerte, al ver que la *señora nueva* tenía tanto cariño a los árboles y las plantas y que entre todos los arreglos y transformaciones que se hacían en el jardín, no dejaba arrancar ningunos.

María Isabel estaba contenta, iba a la playa con sus amigas o ellas venían a jugar al jardín, donde Cristeta les llevaba la merienda o el té para tomarlos a orilla de los grandes estanques, que eran casi lagos, llenos de peces y plantas acuáticas, o en las plazoletas sombreadas.

Todos los servidores estaban indignados, habían hecho causa común con don Manuel, y repetían continuamente:

—¡Qué desengaño!

—No era esto lo que la señora quería.

Pero no había medio de impedirlo. Podía hacer todo lo que le diese la gana. Era la dueña absoluta, sin más condiciones que las de no enagenar nada y conservarse soltera.

Y todas esas condiciones las tenía ella bien presentes. Sin duda por eso, porque había de permanecer allí adornaba tanto su casa y sus jardines, y se rodeaba de personas gratas; pero tenía buen cuidado de apartar de sí toda idea amorosa, ya que estaba decidida a no casarse. Amaba demasiado su casa, su parque, sus flores, para verse en el caso de perderlo todo.

III

Llegado el invierno María Isabel se quedaba sola. Todas sus amigas se marchaban a la ciudad. No quedaban más que los extranjeros, ingleses en su mayoría, que iban en busca del buen clima, con esa cosa de emigrar en bandadas como las golondrinas que tienen los ingleses.

Con las lluvias los caminos, mal cuidados, se ponían impracticables, y apenas salía de paseo. Pero, únicamente por la noche entraba en la casa. Pasaba las veladas al lado de la chimenea, leyendo novelas que le hacían olvidar la hora de acostarse.

El día era para su jardín, sin miedo al frío. El inmenso parque desigual, caprichoso, de una soberbia grandeza, estaba lleno de todas clases de plantas. Arboles y arbustos de hoja permanente, lo llenaban de una gran alegría, disimulando entre sus hojarascas los esqueletos mantos de los árboles de hoja caediza.

Al margen de los grandes estantes crecían los filodremos y los sauces; y dentro de sus aguas se alzaban los nenúfares y los juncos, entre los que bogaban los cisnes.

Pero todo el fervor apasionado de su alma se concentraba en sus rosales. Tenía una pasión por los rosales, que le hacía rodearse de rosas todo el año. Su jardinero era hábil, y conocía los secretos de los jardineros de Niza para tener rosas por Navidad y Carnaval. Había que dejarlas castigadas todo el verano para que sufrieran la sequedad. Las pobres plantas así tratadas, daban escasas flores y perdían casi todas las hojas, pero al llegar Septiembre, se les limpiaba de ramaje y flores secas, se les podaban y para resarcirlas de sus sufrimientos las regaban y mullían el colchón de tierra de brezo. Se les daban tónicos de fosfatos y de hierro, y hasta se les abrigaba las noches de frío, como a enfermitos, con cañizos que se colocaban sobre las platabandas.

Eran para ella no sólo seres vivos, sino casi humanos sus rosales. Había dejado una gran extensión al rosalero, donde cultivaba millares de las más raras especies. Formaban un pueblo en el que se agrupaban por familias, según descendían de una raza o de un país, y cada uno estaba bautizado con nombre de persona, a veces título, lo que, unido a su color y su perfume, llegaba a formar

en su imaginación una especie de espíritu encarnado en una sombra tenue y corpórea que se albergaba en su rosal, como la leyenda de las antiguas silfas.

Ella conocía todas las familias y variedades, aspiraba el aroma de las rosas y de las hojas, que al arrancarlas olían a té y a perfumes.

Y la entretenían sus rosales y sus plantas para no echar de menos las visitas durante aquellos meses en que nadie llegaba a la puerta.

Don Manuel le hacía sentir su falta de amistad. Ya no iba a visitarla su familia y él aparecía sólo cuando había alguna cuestión que tratar, limitándose al asunto que lo llevaba.

Al cura no lo veía tampoco. Al principio él se había permitido llamarle la atención hacia su deber de acudir a la misa para dar ejemplo a sus servidores.

—Yo desearía oir la misa—dijo ella—, pero soy incapaz de madrugar. Si ha de causar escándalo el que yo no asista, es mejor que no se diga.

El buen cura no insistió. Se limitaba a ir sin esperarse a saludarla o quedarse a almorzar, como hacía antes, pero él mismo la disculpaba:

—Las jóvenes son distraídas. ¡Cosas de la edad! En el fondo es una bendita.

Se había llevado doña Isabel consigo el secreto de una pomada para los granos, un agua para el mal de ojos, y un linimento para quemaduras y heridas, tan cuidadosamente guardado que no se pudo encontrar la receta.

Gustaba de distribuirlo entre los necesitados, pero no quería que nadie supiese lo que ella, y no divulgaba la fórmula bienhechora. Era eso muy corriente en las señoras, dueñas de las grandes fincas, que se ocultaban celosas hasta las recetas de sus dulces y sus pastas.

El cura advirtió a María Isabel la necesidad de que continuase la tradición de protectorado sobre las gentes de la comarca.

—Se atraerá usted la antipatía, y quien sabe los resultados que el ser impopular puede acarrear en estos tiempos—le dijo.

—Es mejor que usted les reparta la limosna—respondió ella—. No tengo ni miedo ni deseo de popularidad. Prefiero seguir la máxima de que no sepan quién los socorre.

—Es usted una bendita.

—Así al menos me dejan en paz—decía la joven.

Y seguía dedicándose al cultivo de sus rosales; sus podas, sus riegos, y, sobre todo, su reproducción. Dejaba que los jardineros los multiplicasen por estaquillas, bien elegidas de tacón en sus víveros, o por injertos los fuertes pies de escaramujas del monte, pero los de simiente los dirigía ella misma. Cogía aquellas manzanitas rojas que dejaba la flor y la conservaba en arena húmeda para depositarla después en las cajoneras, con el mismo placer que si guardase joyas.

Acechaba el brotar de las nuevas plantas, sabiendo que no habían de reproducir, por lo general, el tipo de sus antecesoras. Esperaba que brotasen las variedades nuevas, las rosas raras maravillosas, que habían de ofrecer nuevas formas y nuevos colores, aunque nunca lo podía lograr. Tenía que estar atenta a los catálogos, para tener todas las novedades que se anunciaban en las grandes rosaledas, como los sombreros y las telas nuevas en un almacén de modas.

Durante todo el invierno cuidada sus rosales con el mismo cuidado que si sacase un niño de una incubadora. En su cabeza florecía ya de antemano el jardín, que había de formar arcos, macizos y camaranchones de flores y verdura cuando llegase el aliento tibio de la Primavera.

Se diría que preparaba el jardín para engalanarlo con su traje de primera comunión, en los días abrileños, cuando se celebra la Pascua de Ramos.

IV

Oyó un ruido de plantas que se abrían para dejar paso entre sus ramajes. ¿Acaso un lagarto? Miró un poco asustada y vió correr entre las *libonias* de hojas bordadas de amarillo, como si quedasen rayos de sol cuajados en el verde, y las *lantenas* de flor amarilla y roja, como una bandera española, una blanca pelota de tennis. La veía correr atropellando sus plantas, sin saber cómo había penetrado allí, dada la altura de la tapia. Al ir a medirla con la vista se quedó sorprendida. Sentado, encima de ella, con los pies colgando sobre las pasionarias y la madreselva, había un hombre.

Sintió más sorpresa que miedo a la vista de aquel intruso. No era un rústico, ni un hombre cuyo aspecto pudiese inspirarle temor. Se advertía a la primera ojeada, que se trataba de un hombre distinguido.

Con la rápida observación femenina, María Isabel notó que vestía una camisa de seda azul claro, con gran cuello vuelto, y pantalón blanco de hilo, y que calzaba zapatos descotados y calcetines de seda blancos también. Era un deportista elegante. Lo examinaba con curiosidad, pensando cómo había podido aparecer allí, y lo veía sobrecogido y desconcertado.

—Perdóneme usted, señorita—dijo, al fin, en un correcto español con marcado acento extranjero—. Mi pelota de tennis tuvo la audacia de saltar ese muro, y yo, aprovechando la escalera de coger fruta, vine detrás de ella. Había sentido ruido aquí, y pensaba encontrar un aldeano a quien pedírsela... No imaginé verme de esa manera en presencia de una señora.

—No comprendo cómo esa pelota ha llegado hasta aquí—respondió ella, por decir algo.

—Yo tampoco me lo explico, señorita. Jugaba en la explanada de la huerta de al lado, y no sé cómo saltó hasta aquí. ¿Me perdonará usted?

—No hay de qué. Voy a dársela.

Hizo ademán de dirigirse al sitio donde estaba como acurrucada entre las flores de las *Malmequieres*, pero él exclamó:

—Le ruego que no se moleste. Si me lo permite la cogeré yo mismo.

Y, como si tomase el silencio de la joven por un asentimiento, dió un salto de acróbata y se plantó a su lado, quedando en una actitud llena de respeto.

—Le confieso a usted que me ha dado un susto—dijo ella sonriendo.

—Vardaderamente que no es correcta mi presentación; pero crea, señorita, que yo soy el primer asombrado.

—¿No es usted de aquí?

—Soy inglés; pero inglés de Gibraltar. Por eso sé hablar el español.

Se conocía en su porte que era hombre distinguido, bien educado. Tenía una figura gallarda, aunque no era alto, con su traje de deporte, que le daba semejanza a un marino. No era un jovencito, pero era joven y de rostro afable.

—¿Quiere usted sentarse?—ofreció ella, para demostrarle que no le desagradaba lo fortuito del encuentro.

—¿No sé si debo?

La siguió hasta una de las plazoletas, con bancos y sillones, de que estaba lleno el parque.

—Es divino este país—dijo él—. Da idea de un gran señorio con todas estas magníficas propiedades, estos soberbios edificios, llenos de lagos y de árboles que abonan por la antiguedad y abolengo de las familias. Es un lugar aristocrático, en el que lo que tiene mayor importancia son los muros que rodean las propiedades.

—¿Por qué?

—No sabe usted el efecto de grandeza que causan en quien pasea por esas calles en las que, en lugar de casas con ventanas y puertas, no hay más que esos grandes paredones altos, sin un hueco, patinados de aras o desconchados por el

tiempo, y ve asomar sobre ellos el ramaje de los árboles. Dan la idea de los grandes dominios, del aislamiento de las familias patricias que conservan algo feudal.

—¿Vive usted aquí?

—Paso una temporada, que ya toca a su fin. Me he quedado aquí un par de meses atraído por la gloria del clima. Yo soy muy aficionado a viajar; he viajado mucho, puedo decir que he dado varias veces la vuelta a la tierra; pero creo que en un lugar como éste hay que decir: "Alma, hagamos aquí nuestra morada."

—Se aburriría usted.

—No lo crea. Un jardín como éste es una biblioteca, donde hay mucho que estudiar para pasar la vida encantado.

—¿Le gustan a usted las flores?

—Con locura, pero más que la flor la planta, la semilla el verla crecer y fructificar.

—Yo me paso la vida detrás de mis flores.

—Se comprende... No hay nada que pueda rimar con usted como las flores. Yo no la conocía, pero adivinaba que esta propiedad pertenecía a una persona muy simpática.

—¿Qué le daba esa impresión?

—El que no hubiera vidrios, como puñales encima de la tapia. Son una defensa que me parece siempre de una gran crueldad. Amenazan a los inocentes más que a los ladrones.

—Me da usted una sensación que convierte en idea lo que no era más que un sentimiento mío, que me hacía rechazar esos vidrios rotos sobre la tapia.

El contemplaba con deleite la graciosa figura de María Iscabel, envuelta en su sencillo traje gris, que hacía resaltar la morenez de su piel blanca, a la que el sol daba un matiz dorado. Pero no podía prolongar más una visita tan extraña. Se puso de pie, y se inclinó ante la joven.

—Señorita, muy agradecido a su bondad. Lamento no haberle podido ser presentado para rogarle el honor de figurar entre sus amistades; pero si alguna vez recuerda a su servidor, Jorge Sinsay, me tiene a su disposición.

Se dirigía hacia la tapia.

—No... no...—atajo María Isabel—. Señor Sinsay, espere. Voy a llamar a la doncella que lo acompañe y le abran la verja.

—Preferiría irme por la tapia, señorita, a que me viesen de este modo sus criados, sin saber por dónde he entrado y con este traje.

—Como usted quiera.

Deseaba darle una sensación amistosa. Le era simpático aquel hombre, y temía que la creyese ofendida con él.

Le tendió la manecita curtida por la brisa del mar y el resol del jardín, disculpándose al mismo tiempo de tener las uñas negras, aunque Cristeta se las mi-raba cuidadosamente todas las mañanas.

—¡Estoy siempre andando con las flores!

El le cogió la mano y se la apretó sacudiéndola con fuerza. Tomó una ligera carrerilla en el sendero enarenado y saltó con la misma ligereza de antes sobre la tapia. Se sentó un momento sobre ella, y se volvió de nuevo hacia la joven para hacerle una profunda reverencia.

Al día siguiente, por la mañana, Cristeta entró en su habitación llevando un enorme ramo de rosas.

—Han traído esto para la señorita.

Pendiente de una cinta, en la que lucían los colores de la bandera española, anudada con la inglesa, había una tarjeta:

JORGE SINSAY

Ingeniero Londres.

Por el reverso se leía escrito con lápiz:

"Se despide hasta el año próximo."

Aquellas palabras borraron la inquietud que causaba el regalo. Era una galantería sin importancia para agradecer su amabilidad del día anterior.

Se marchaba y tal vez no volvería más.

Le dejaba una impresión agradable aquella sencilla aventura.

Volvió a leer la tarjeta.

—Ingeniero. Se conocía que era persona distinguida. Debe ser rico... y es simpático—pensó.

Durante dos días habló con Cristeta del inglés. Después su recuerdo se borró poco a poco para no pensar más que en sus flores y en sus ocupaciones habituales.

V

Con el verano volvieron las amigas de la ciudad y tuvo de nuevo la preocupación de sus lindos vestidos claros y de los cuidados de tocador para contrarrestar las influencias del astro del campo.

Volvieron las encantadoras tardes en la playa; los baños y los paseos en automóvil. Hasta tuvo tres o cuatro pretendientes que la asediaron con sus cortejos.

Ella no aceptó a ninguno. No se sentía dispuesta a enamorarse. Amaba su casa, su independencia, su paisaje y sus flores. Para serles fiel y para conservarlos debía permanecer soltera, y eso no era para ella sacrificio. El amor no había penetrado en su alma. Le agradaba a veces tener amistad con algunos jóvenes, pero siempre se veía obligada a privarse de ello, porque los amigos acababan haciéndole el amor.

—Es porque eres muy hermosa—le decía Marta, la amiga más íntima, que estaba ya en los albores de la segunda juventud, huérfana de un diplomático había viajado mucho y se daba aire de mujer de mundaneidad.

—No. Es que los hombres son todos muy vulgares.

—Hombres y mujeres—respondió Marta—. Valemos mucho o no valemos nada. No se puede juzgar en general.

—¿Tienes novio tú?

—Sí... y no...

—No te entiendo.

—No conozco a ninguno al que ame para casarme, por eso te digo que no.

—¿Y por qué dices que sí?

—Porque tengo media docena de enamorados que seguramente se creen que les correspondo.

—¿Los engañas?

—No. Ellos tienen otra media docena de muchachas cada uno con quienes flirtear. El Flirt ha matado el amor. Nos corrompe. ¿Y tú no has tenido novio?

—No... y creo que no amaré nunca. No me quiero casar.

—Pero debes tenerlo para divertirte.

—No me divierte eso. Tú olvidas que yo estoy educada lejos del mundo, que soy extraña a la sociedad. No entiendo de coqueterías ni discreteos. Pienso que tengo algo de espíritu de marino, que se hace sincero a fuerza de estar a solas tanto tiempo, contemplando el cielo y el mar. Yo soy feliz así.

Habían arreglado en el jardín un campo de tennis y todas las tardes iban sus amigas y sus amigos a jugar con ella largas partidas.

Se les servía el té en los lugares más bellos del jardín y se pasaban ratos deliciosos.

—Lo único que estaba prohibido—solía decir riendo, con las mejillas encendidas y la raqueta en la mano, que le daba cierto aire varonil y desembarazado—, es hacerme el amor.

Tenía como una desconfianza de los que la pretendían. Algunas veces le parecían enviados por su admnistrador para hallar la manera de desposeerla de su hacienda.

Y no les huía sistemáticamente por interés, sino por un impulso de su naturaleza, que no sentía más amor que el de sus flores y su independencia.

—Yo no podría resistir un señor que viniera de visita y no se fuera nunca—solía decir.

—Porque no amas.

—Sería necesaria una pasión de esas de las novelas para aguantar una persona extraña que viniera a mandar en la casa, regañar a los criados, hablar fuerte y a dejarse los zapatos en medio.

Marta se reía.

—¡Ay! ¡El día que te enamores, cómo me voy a reir!

La irritaba la idea de que se rieran de ella si se enamoraba. Tenía ya como un doble deber de mantenerse ajena a todas las pasiones.

Todas sus amigas, que conocían el mundo más que ella, se empeñaban en augurarle que había de amar de un modo fatal.

Cuando estaban solas, las conversaciones versaban sobre el mismo tema.

Tenían todas una historia de amor que contarle. Sólo Manuela confesaba que no había tenido novio.

—No soy rica, ni soy guapa, y no me ha querido nadie—decía.

—Bromeas.

—Os aseguro que no... Y creed que lo siento. No por el marido, sino por tener hijos. Si hubiera manera de dar frutos como las rosas, bastándose a sí mismas, yo sería feliz. No deseo el esposo, sino el tener un hijo.

—Pues, yo no querría chicos ni aún así—decía María Isabel—. No me gustan los niños pequeños, ni los perros ni los animales domesticos.

—¿Pero vas a comparar los niños con los animales?—exclamaban las amigas, escandalizadas de que atacase así la maternidad que constituía su fuerza.

—No es que los comparo, es que me cansa igualmente. Los niños pequeños son seres egoístas que ni nos aman ni apenas nos conocen. Hay que cuidarlos, atenderlos... cuando se tienen... pero no son deseables.

Acababan riendo todas de las extrañas teorías.

—Lo dice por no dar su brazo a torcer—decía Marta—. Ya se enamorará y le parecerá todo diferente.

—El amor es como un ratero—añadía sentenciosamente Manuela—, se cuela por las puertas entre abiertas.

—Así lo creo—respondía María Isabel—. Por eso no se enamoran más que los que están descuidados. Estando alerta no entra.

—Pues yo estoy rabiando por casarme y por tener un bebé—exclamaba Alicia, que llevaba aun la ropa corta y la trenza colgando.

—¡Habrase visto mocosa!—decía Manuela—. A los diez y siete años ya pensar en eso.

—Es la edad de hacer tonterías—atajó Marta.

—La mejor para casarse—afirmó Enriqueta, que solía permanecer ajena a las discusiones—. El casarse es como tirarse al baño desde un trampolín; hay que ir de cabeza y sin pensarlo.

Se enfrascaban después en una discusión respecto a como preferían al marido.

—Yo lo quisiera alto, moreno y con barbas—decía una.

—¡Qué horror! ¡Con barbas!—exclamaba otra—. Los hombres deben estar afeitados.

—No, con bigotes a lo kaiser.

—Eso es antiguo y de aspecto de Don Juan.

—A mí no me gustan los hombres altos. Me parece que crecen por estupidez como las calabazas.

—Pues mira que hombre chiquitín, "embustero y bailarín".

Llegaban casi a pelearse por el novio posible.

Sin ponerse de acuedo en el tipo pasaban al nombre.

—Me gustaría que se llamase Ernesto.

—Yo Adelardo.

—Yo Amado.

—¡Qué nombres más cursis! Me parecen poco humanos, prefiero Antonio o Manuel.

—¡Qué vulgaridad! ¡Lo que todo el mundo se llama!

Luego, sin acuerdo tampoco, se discutían la posición.

—Me gustaría militar.

—Yo banquero.

—Preferiría un pintor.

—¿Tú no dices nada, María Isabel?

—Ella seguramente quiere un jardinero.

—Eso es poco. Un ingeniero agrónomo.

—No os burléis. Yo no he de querer a nadie.

—Olvidábamos tus tendencias de monja.

—No seas hipócrita. Si te llegara un buen partido, un novio rico.

—Sería lo peor. Estoy acostumbrada ya a ser la dueña de mi casa, a tener mi libertad y no me adaptaría a debérselo todo a mi marido.

—Pues eso es lo natural.

—Lo sé... pero yo pienso así. Me consideraría tan extraña en casa de mi marido que creo que cada vez que me levantara de la mesa le daría las gracias por su invitación.

Rieron todas.

—¡Tiene gracia!

—¡Qué criatura más original!

—Busca un marido pobre.

—No me acomodaría a la pobreza.

—¡Cómo tu eres rica, eso no importa!

—Podías hacer como las mujeres del valle de Bretil en los Pirineos franceses. Ellas son mayorazgas y eligen marido pobre, al que la ley no concede derecho a disponer de nada de lo que pertenece a su mujer.

—Pero le dá el de pegarle una paliza cuando le viene en ganas.

Temió María Isabel ver descubierto el secreto de aquella claúsula del testamento de su tía, que deseaba conservar en secreto, respondió:

—Tendría siempre la duda de que me amaba por mi posición.

—No tienes idea de lo que vales.

Cuando sus amigas se iban y se quedaba sola, después de una de aquellas conversaciones o cuando regresaba de un paseo o de un baile en el Casino, María Isabel respiraba contenta. Se sentía mejor sola, a sus anchas, lejos de las amigas ante cuya locuacidad y mundanismo se encontraba como inferio-

rizada. La molestaban los hombres, diciéndole todos lo mismo, y hablándole con una especie de curiosidad.

—Me encuentran demasiado simple, demasiado aldeana—pensaba.

Y se sentía aliviada de un gran peso al verse de nuevo sola en su jardín, en su casa, dueña de su independencia y dueña de su propio espíritu.

VI

La Primavera había puesto su cerco al jardín. Había habido una mudanza repentina, como si la naturaleza se cambiase de traje y se vistiera los vestidos claros. Llevaba también otro peinado, otro perfume. Se respiraba de otro modo.

Había una cosa sútil en el ambiente que se infiltraba por los poros. María Isabel se sentía inquieta, triste a veces, ruidosamente alegre otras.

—Debo estar enferma, un poco neurasténica—pensaba—. No sé lo que quiero.

Desde que con las primeras brisas del otoño se fueron las amigas había hecho su vida tranquila, que hubiera sido monótona sin la gran viveza de su carácter, que le haría apasionarse por todo. Le faltaba siempre tiempo, y no tenía lugar de aburrirse, con el cuidado de su jardín, el arreglo de sus trajes, sus lecturas y sus paseos.

No se había vuelto a acordar del inglés, más que por Navidad, cuando recibió un lindo Cristmas, pintado a mano que representaba a un hombre con traje de sport, mirando con unos zeis a una linda joven, sentada en un jardín. Le agradó mucho aquel recuerdo, pero como no traía dirección no pudo contestarlo.

Lo había olvidado de nuevo cuando aquella tarde vino a caer una pelota de tennis a sus pies. Esta vez era como una tarjeta de visita. Sobre la tapia estaba su dueño.

—¡Señorita!

Ella se puso seria. Aquello no era ya casual.

—¡Señor Sinsay...!

—Tengo un verdadero placer en volver a verla.

—Se lo agradezco.

—Mi pelota de tennis ha vuelto a ser indiscreta.

—¿Nada más que ella?

Enrojeció Jorge y al cabo de unos segundos respondió:

—Y mi deseo de saludarla, quizás es indiscreto también...

—¿Cree usted que no hay más medio de verme que éste de saltar las tapias?

—No me atrevía a presentarme en su casa de visita, sin su consentimiento y veo que he debido pedirlo de otro modo. Perdonéme usted otra vez.

La joven se dirigió sin contestar al lugar donde había caído la pelota.

—Si me permite usted que yo la coja—dijo él.

—No. No se puede entrar así por las tapias. Voy a tener que ponerles vidrios rotos.

—¿Está usted ofendida conmigo?

—Para probarle que no, le invito a venir a verme mañana a la tarde... A las cinco... pero por la puerta.

Sin esperar que él se marchara, saludó y se alejó hacia la casa.

A la tarde siguiente el inglés hizo alarde de la puntualidad de su país para llamar a la verja a las cinco en punto. Iba correctamente vestido de levita, como para una visita de etiqueta en la ciudad. Ella lo encontró muy elegante, pero quizás menos guapo que le pareció con su vestido de deportista.

Lo recibió en el salón, de muebles antiguos, con las tapicerías del tiempo de los bisabuelos de su tía.

—Que original es todo esto—dijo Jorge—. Verdaderamente vive usted en un palacio encantado. ¡Y siempre sóla!

—¿Cómo lo sabe usted?

—La conocía ya de nombre antes de conocerla personalmente. Había oído hablar de usted.

—¡Ah! ¿Se ocupan de mí?

—Es una cosa natural. Una persona como usted llama la atención.

—Pues yo hago una vida muy apartada. No me preocupa más que mi intimidad, mis flores.

—Yo tengo pasión por las flores.

Sintió una gran simpatía hacia aquel hombre que confesaba su amor a las flores con aquella sencillez, cuando todos los demás parecían desdeñarlas, como una afición genuina.

—Me atrevería a rogarle a usted que me enseñase su jardín.

Se sintió ella satisfecha. Estaba segura de que su jardín era superior a su salón. Iba a enseñarle sus plantas con el orgullo de una madre jóven que mostrase sus hijos, bellos y sanos.

Había sido aquel un paseo delicioso e inolvidable. Verdaderamente Sinsay no era un hombre vulgar. No tuvo en toda la tarde ni una galantería. No habló de amores ni de noviazgos, como hacían los otros. No medió recuerdo de mujeres en su conversación, al uso de los pollitos del país.

Lo veía gozar en aquel paseo con la contemplación de sus plantas.

Ella hacía alarde de su esencia de jardinera y de su conocimiento de sus difíciles nombres botánicos. Sabía la familia a que pertenecían y el cultivo que necesitaban.

—Le aseguro a usted—dijo— que siento por las plantas una ternura como si se tratase de animales inteligentes, por lo menos.

—Ya se ha descubierto que las plantas tienen nervios—respondió él—. Así como se está probado que respiran, que duermen, que se nutren y que segregan, se va a probar ahora que sienten y hasta que tienen sentimientos de simpatía y antipatía y que ejecutan voliciones. ¿Lo cree usted?

—Es muy posible. Tal vez la planta es un animal que no acabó del todo su evolución. Hay en ellas tantos fenómenos extraños. Tenemos algunas que siguen la mirada y se mueven como una persona hipnotizada, la sensitiva hace un esfuerzo para huir si se la toca y se esconde en sí misma; otras forman con sus hojas un paraguas a sus flores cuando amenaza lluvia.

—¡Es verdaderamente asombroso!

—Se habla de algunas que daban luz. No es un mito, tenemos la *Capuchina* que despide fuego de su corola. Por cierto que es un descubrimiento debido a una mujer: la hija del célebre Linneo lo observó paseando por su jardín.

Llegaron a orillas del gran estanque, poblado alrededor y en su centro por plantas anfibias y acuáticas.

—Mire usted qué poesía tiene el nenufar—siguió él—. Es la flor que más demuestra cómo las flores se aman. No las secunda el polvo lejano que les lleva el viento. El macho tiene el privilegio de vivir sobre el agua. La hembra no sale del fondo más que en una sola noche de amor, una sola vez en su vida, que alarga su tallo para llegar cerca de él, pedirle caricias y volver al fondo de las aguas a perpetuar su especie.

Ella nada decía. la impresionaban más aquellos amores y aquella vida de las plantas, que todas las insinuaciones de sus amigos.

Fueron al lugar donde el hermoso jardín se convertía en bosque. Allí estaban

los nopales, los píteros, mezclados a los pinos y los eucaliptus. Las rachas de viento ponían un ruido de froufruar de moares entre las cañas de los bambús que formaban macizos y parecían cantar y quejarse. Referir alguna misteriosa historia antigua.

—Temo que la moleste a usted el viento y sufra por mi causa—dijo él.

—No. Me gusta mucho el viento. Me parece una gran respiración del mundo,

—Si no le hace daño...

—Estoy acostumbrada. Cuando me revuelve el cabello me parece que penetra hasta la raíz y que siento algo de vegetal en mi. Me gustan el sol, el viento, el agua. Gozo cuando siento caer sobre mí la lluvia.

—Aquí no nieva nunca.

—No... Me alegro por mis plantas. Así podemos tener las palmeras, los olivos, los naranjos y las vides, juntos con los pinos y los helechos. Es maravilloso; pero me gusta ver nevar. Cuando estaba en Madrid, en el colegio, me comía a puñados la nieve... y el granizo.

Hablaba con animación, con inocencia, sin darse cuenta de la gran sensualidad que había en sus palabras.

Iba mirando a la tierra y mostrándole a Jorge los tréboles, los tomillos, los romeros, las cerrajas y las amapolas.

—Esa planta de hoja ancha que da como un candil, y aquélla como una abeja, son orquídeas. ¿No le gustan a usted las plantas silvestres? Hay quien dice que son las únicas verdaderas.

—Son bellísimas—repuso él—. Pero las cultivadas son más hermosas. Las transforman la educación de tal modo que ya no se parecen a sus madres.

—¿Y cuáles cre usted superiores?

—Se canta la belleza de las aldeanas, pero amamos los refinamientos de las grandes damas.

Ella se mordió los labios. Por vez primera echaba de menos una galantería. Le parecía que entre las aldeanas estaba ella.

Fueron después a ver los rosales.

—Son mi pasión—confesó ella.

—También la mía—dijo él—. Me parece la rosa algo así como la Eva de las flores.

Tenían todos los rosales pendiente de sus ramas aquellos pedacitos de metal, en que estaban escritos sus nombres, como medallas de identidad que daban cierto aire de jardín botánico.

María Isabel le describía cómo eran los que aún no tenían flores.

—Este "Jorge Clemenceau" es muy perfumado y da una flor rosa, cobriza, matizada de rosa clara. Este "Luis Trahle" da las rosas muy grandes, de rojo cereza. "Benedicto XV" es muy florífero, pero no es tan bonito su blanco como este "Madame Alfredo Carriere", que es la reina de las rosas blancas.

—Yo tal vez esté influído por esas doctrinas un poco absurdas y perniciosas del profesor Frend, pero observo que en este pueblo que la rodea hay una influencia de sexo. Veo a su predilecta y blanca Mme. Carriere y algunas otras mujeres, pero la mayoría son hombres.

—Debe ser que abundan más. Mire usted esta "Recuerdo de Claudius Pernet". Tiene un amarillear que recuerda los amarantos. Se ve al gran jardinero creando esta rosa para ponerla como una corona sobre la tumba del hijo muerto en las trincheras. Parece que es una variedad nueva que se ha regado con lágrimas.

Los unía, los acercaba aquel amor a las flores.

Ya próximo a despedirse Jorge exclamó:

—Tiene usted una magnífica colección de rosales híbridos. Como ya sabe us-

ted los híbridos entre las plantas no son como entre los animales. Se reproducen y sus simientes forman variedades nuevas. Es lástima que usted no se dedique a enriquecer nuestra flora con esa gran pasión que por ella tiene.

—No soy experta en eso. Siembro e injerto, pero en realidad no logró ninguna variedad notable.

—Es que a la naturaleza hay que ayudarle. Podía usted conseguir una rosa que llevase su nombre "María Isabel".

—Sembraré muchas este año y si logró alguna la enviaré con su cliché a la Sociedad de floricultura. La bautizaremos.

—Pero no hay que dejarlo al acaso. Se necesita una rosa extraordinaria, como usted lo es. Una hija de la Rosa Cutea con el Emperador de Marrecos, que es blanco o con "Paul Neyron" que es rojo oscuro, puede darnos un rosal refloreciente que tenga el color amarillo, que le ha negado la naturaleza. Podríamos lograr tonos salmón y dorado admirables.

—¡Cómo me gustaría!

—Si usted quiere estoy a su disposición. He de estar aquí un mes aun... Luego parto para América y es fáci que no tenga el placer de ver como florece el rosal que le prepare.

Vaciló un momento María Isabel. En sus preocupaciones y cuidados de lo que sus convecinas pudieran juzgar, temía las visitas asiduas del inglés. Pero aquella seguridad de que se marchaba para no volver más, le parecía que la libraba de todo compromiso. Sería tan hermoso quedarse con el rosal maravilloso que le ofrecía.

—¡Acepto...!

VII

Jorge iba todas las tardes. Ella lo esperaba impaciente. Tenía hacia él una amistad y una confianza en la que creía borrada toda la idea de sexo. Era una convivencia muy dulce la que se había establecido entre ellos. No hablaban jamás de amor, no se mezclaba la galantería en sus relaciones. Discurrían entre sus árboles y sus flores, se extasiaban ante los brotes nuevos, viendo vestirse los árboles y sonreir las plantas.

—¿Sabe usted? Tengo un rosalito muy enfermo—le dijo una tarde—. No consigo verlo reponerse por más que hago.

—Sabe usted María Isabel que da envidia ver cuanto quiere usted a sus rosales.

—Es que no tienen padre—respondió ella con seriedad—. Soy yo sola para cuidarlos.

Parecía una madre joven que consulta al médico.

Y Jorge tomaba en serio su papel de ayudarle a buscar la causa de la enfermedad de su rosal.

Esperaban el momento oportuno de crear su rosa. Tenían ya en plena floración los híbridos reflorecientes, pero aun el Persian, elegido entre rosas "luteas" tenía los capullos en formación. Había que esperar que estuviera para abrir la primera rosa.

—Somos los padrinos que preparamos el matrimonio y queremos bautizar al hijo—dijo Jorge.

La idea no agradó mucho a María Isabel, pero nada dijo.

Sentía flaquear en su espíritu aquel odio al matrimonio, que parecía ir incluído en el legado de su tía.

Algunas tardes jugaban al tennis, otras él leía mientras ella bordaba una alfom-

bra de imitación Esmirna. A veces ella le contaba un cuento ingenuo relacionado con alguna planta.

—¿Sabe usted por qué se llama esta planta "Verónica"?—le preguntó mostrándosela.

—Le confieso que no.

—Pues porque un día iba la Virgen de paseo con una amiga que se llamaba Lía, la Verónica y sus padres A Lía le gustaba un arbusto muy oloroso y le llamó "hierba de Lía" que después se alteró y que se llama "Hierba Luisa."

—Le confieso a usted que no veo lo de la Verónica

—Tenga paciencia. En aquel mismo paseo la Virgen le dijo a la Verónica señalando otro arbusto. "Esta será tu planta" y ella señalando una pasionaria le respondió. "Y esta será la tuya".

—Es muy bonito.

—Pero aun hay más. Como Santa Ana admiraba aquellas plantas San Joaquín le mostró otra diciéndole: "esta es mejor Ana".

—Y a San Joaquín no le asignaron ninguna.

—No ha llegado a mis noticias.

—Siempre las mujeres son ingratas.

Por la noche cuando él se marchaba María Isabel recordaba todas sus palabras, y sus observaciones. Le parecía que se le harían más queridos los lugares donde él había estado.

Conforme avanzaba la Primavera era más fuerte, más acre, aquel olor de las plantas y de la tierra. Todo florecía y germinaba. De un día para otro se hinchaban nuevas yemas en los troncos que parecían secos y se veían nacer y abrirse las hojas de un verde tierno y dulce. En algunos arbustos la flor era antes que la hoja. Un tronco desnudo florecía. Olían todos los árboles, el azahar con sus flores y la higuera con sus hojas. Se empezaban a abrir los pámpanos y a brotar los zarcillos con que se abrazaban sus sarmientos.

Volaba el polen de las palmeras en el aire, rompían los espigones de dalias, cañas floríferas y gladiolos la tierra con la leva lanza de sus tallos blancos. Todas las plantas que al ser trasplantadas mudaron su hoja renacían alzándose esbeltas sobre la tierra. Las semillas del ray-gras eran como alfileres que brotan de su pequeño estuche, y agarrándose al suelo en un ansia de vida.

Era un brote general de la naturaleza. Parecía imposible que existieran el dolor y la soledad. Estallaba todo en un inmenso amor, en una producción llena de fecundidad.

A veces le parecía escuchar chasquidos, como besos, al reventar los brotes nuevos o al partirse los capullos.

Si miraba al cielo le daba la impresión de que florecía también, que se buscaban y se aproximaban más las estrellas, que les brotaba una nueva luz. Le parecía que había mayores profundidades, oscuridades más intensas, en las que lucían con viveza extraordinaria.

Y entonces se sentía muy sola. Experimentaba el deseo de unirse aquel concierto de amor. Le venían a la memoria las conversaciones con sus amigas; y el hombre ideal de que hablaban se le aparecía con los rasgos de Jorge.

VIII

Estaba para abrir la *Rosa Persian,* y Jorge se preparaba para hacer en ella la fecundación artificial. María Isabel se sentía turbada al ayudarle. Estaba la rosa fresca, adolescente, no fecundada aún por el propio polen. Jorge iba cortando cuidadosamente con las tijeras todos los estambres de la rosa y separándolos con

unas pinzas de los pístilos. Ella tenía en un tubito de vidrio el polen de la rosa *Emperattor de Marruecos* que se había elegido para padre. Iba el joven colocándolo sobre los estigmas de la que deseaban híbridos. Después la cubrieron con una gasa para evitar los insectos.

—Ya está—dijo Jorge.

María Isabel tenía encendidas las mejillas.

—La dejo a usted convertida en rosa—dijo él bromeando—. Crea que siento pena de no ver esta *María Isabel.*

—¿No volverá usted el año próximo?

—¡Quién sabe! Dependerá de muchas cosas.

—¿Le gustan los viajes?

—No. Me impulsa una fuerza, que yo creo propia de la raza inglesa, a cambiar de lugar. Y, sin embargo, ¿sería tan dulce quedarse siempre en un mismo sitio?

—Inténtelo usted.

—Sólo el amor podrá retenerme...

Sentía impulso de preguntarle si no había amado, pero no se atrevía. El pareció escuchar la pregunta, que no salió de su pensamiento, y dijo:

—Tengo mucho miedo a amar porque sé que pondré toda mi vida. Deseo cerciorarme antes bien de que la mujer que me guste merece mi cariño y que es capaz de amarme también.

—Es usted exigente.

—Sí... ¿Y usted, María Isabel, no ha amado nunca?

—He tenido esa suerte.

—¿Cree usted que es suerté no amar?

—Para mí, si.

—No comprendo.

—Jamás se lo he confiado a nadié.

—¿Quiere usted decírmelo a mí?

—Soy pobre, a pesar de disfrutar esta fortuna. Mi tía me la ha legado con la condición de que no me case. Tendría que renunciar a todo lo que hoy forma mi encanto, mi casa, mis flores, mi vida. Es mejor que permanezca así.

Jorge guardó un largo silencio. Ella esperaba que tratara de convencerla, como sus amigos, y se quedó sorprendida cuando le dijo:

—Tiene usted razón.

—¿Lo cree usted así?

—Sinceramente. Un hombre que la ame no puede exigir de usted la renunciación de todo lo que ha sido su vida hasta ahora. Sería usted una planta arrancada de su suelo para llevarla donde no podría arraigar.

Hubo un momento de silencio.

—Por rico que fuese su marido no se vería usted recompensada de todo esto. Sería una crueldad.

Y como ella guardaba silencio desconcertada, añadió con naturalidad:

—Hay que aceptar las cosas tal como ellas son. ¿Le parece a usted que vayamos a jugar nuestra partida de tennis?

—Como usted quiera.

—Pero le advierto que hoy no me dejaré ganar por galantería.

Los dos hacían un esfuerzo por aparentar frivolidad, por callar algo que quería subir de sus corazones a sus labios.

IX

—Hay un fenómeno estos días—dijo María Isabel—. Parece que son más cor-

tos, y, sin embargo, dan la sensación de durar más; porque es como si estuviéramos muchos años juntos.

Estaban los dos sentados en los sillones de mimbre, frente a la mesita de jardín, donde Enriqueta les había servido el té. El cielo entoldado, con grandes vellones bajos no amenazaba lluvia, sino hacía más blando el ambiente; parecía como una tarlatana que tamizase la luz para que fuese más suave y entonada

Reinaba la Primavera y en aquel atardecer se oía el croar de las ranas en los estanques, y el rumor acorde, sujeto a medida como una música, que producían los elitros de millares de grillos que llenaban de rumor el aire.

Había una locura de olores. Venían bocanadas de brisa cargadas de resina de los pinares y las estevas en flor. Bocanadas del jardín arrastraban el fuerte perfume de aleliés, de heliotropos, de rosas y de magnolías. Triunfaba a veces uno de ellos, otras se imponía el jazmín o la madreselva, en ocasiones se combinaban todos o se marchaban. De pronto una ráfaga del Sur traía el olor de las algas marinas y de las rocas descubiertas por la baja marea, que anulan a todos los demás, por un momento con su perfume yodado y salitroso.

Habrían la boca para respirar mejor aquel aire.

—Hay para mí en todo esto algo tan extraordinario—dijo Jorge— que le aseguro a usted que no lo he sentido jamás... Y ¿querrá usted creerlo, María Isabel, me da la impresión de que todo este olor de la tierra, de las flores, de la resina, de las hierbas y de las raíces es un olor de vida que sale de sus cabellos de usted... que es su olor... ¡La amo a usted tanto, María Isabel!

Sintió ella que se le encendían las mejillas y le latía más de prisa el corazón. Jorge expresaba sus propios sentimientos. Para ella se condensaba todo en él, de la misma manera. Su nombre repetido por el joven sonaba en sus oídos como un canto, acompañado de aquellos rumores sonoros.

—Sí, María Isabel—repetía él— la adoro a usted y por eso me alejo. No tenemos fuerza ni usted ni yo para romper esa especie de maleficio que la tiene a usted encantada aquí como una Bella del Bosque.

Le escuchaba con los ojos cerrados, con un deleite de devota, que se adormece en las naves del templo entre el humo del incienso y las notas del órgano pensando en el misterio de la Redención.

Cuando entreabría los párpados veía la noble silueta de Jorge. No se atrevía a mirarlo de frente porque sentía sus ojos fijos en ella; ¡Era tan guapo! No era alto, pero tenía tal armonía en las proporciones, tal nobleza y tal bondad que no le parecía pequeño; sino un buen mozo sin la fachenda y el galleo insoportable de los buenos mozos.

Sus ojos tabacos, tristes e inteligentes, resultaban claros en el tostado sano de la tez, y estaban como en desacuerdo con la boca fresca y sensual, siempre sonriente.

La luz de los ojos de Jorge era como un foco que le quemaba el sitio en que se detenía. Sentía el escozor en su hermosa garganta morena, en sus labios de dalía roja y en sus ojos enlutados por las espesas pestañas que ennegrecen aún más la tinta de las pupilas.

Sentía una angustia inmensa al pensar que se iban a separar, quizás para siempre. La vida al lado de Jorge había tomado para ella un sentido nuevo. No había visto bien el paisaje antes de llegar él. Sus ideas mismas se habían desenredado de la maraña de su cerebro al lado del joven.

El se puso de pie.

—Es preciso que me vaya.

—¿Para no volver?

—Si usted no me llama.

—¿Y si le llamo?

—Ya sabe usted mi modo de pensar.

—No lo llamaré.

—Entonces... Adiós... María Isabel..

—¿Adiós? ¿No nos veremos aún?

—Parto por la mañana.

—Aun podemos vernos esta noche.

—¿Para qué renovar el sufrimiento?

—¿Y dice usted que me ama?

—Precisamente por eso. Usted no ha querido nunca que venga de noche.

—Lo esperaré a usted junto a la tapia. Nos diremos adiós en el lugar donde nos conocimos.

—¿Y los perros? ¿Olvida usted esas fieras que sueltan de noche en su Parque?

—Ya nos conocen. No hay miedo. Además, usted no saltará la tapia. Nos despediremos desde ella.

—¡Como usted quiera!... Pero, dígame usted, María Isabel, por qué tiene ese capricho. Se que no es usted una coqueta que quiere verme sufrir... Dígame la verdad... se lo suplico...

—Porque yo también le amo a usted, Jorge...

Sus manos se buscaron y se extrecharon con pasión.

—Hasta luego, María Isabel.

X

Los perros no ladraron, pero los gansos del estanque lanzaron aquel clamor desesperado que despertaba a todos los de la casa, cuando se aproximaba algún extraño. Graznaron como si estuvieran ahogándose. Ninguno de los criados se atrevió a salir al jardín. Sabían de lo que se trataba.

La evasión de la Primavera había triunfado. La pareja humana había obedecido sus leyes cantando la gloria del amor en el vergel.

Jorge no se marchó. Ocupó el cargo de administrador para que no volviera don Manuel. El portón de la verja no se abrió para más visitas. El espíritu de doña Isabel, queriendo imponerse después de muerta, para prohibir el amor, no lograba aflojar las leyes de la Naturaleza. Obligaba al pecado.

Carmen de Burgos
Colombine

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:
República Argentina: ANTONIO MANZANERA.-Independencia, 856.-Buenos Aires
Precio del ejemplar en Buenos Aires: 20 centavos.
Guatemala: DE LA RIVA HERMANOS.-3.ª Avenida Sur n.º 8.-Guatemala C. A.

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 8.068.

La novela TEATRAL

Sumario de obras publicadas en LA NOVELA TEATRAL

Galdós.-39. Electra.-53. Doña Perfecta.-58 La hija de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín. - ** Ser Simoria.-389. Tormento

Benavente. - 9. Todos somos unos.-169. La loca enamorada. - 187. El marido de su viuda - 250. Más fuerte que el amor - 280. La princesa Bibó. -298. El dragón de fuego.-299. La ciudad alegre y confiada . -261 . La gata de Argora. - 318. La loca de los sueños.

Quintero. -66. Doña Clarines. - 71. El patio. 78. La encantada venda. -88 El niño prodigio. - **Pepita Reyes. -298. El centenario. 287. La zagala. - 294. El género ínfimo.

Guimerá. -115.María Rosa. - 114. Tierra baja . - 188. Agua que corre.

Linares Rivas.-18. El cardenal.-99. La cisata.-161. Bodas de plata. 241 Cristobalón.- 246. Tocinadas. - 290. Flor de los pasos. - 287 Sangre roja. 292. La razón de la sinrazón... - 296. Alcornizas.

Martínez Sierra. 29. Primavera en otoño. **El alma de la casa.

Tamayo y Baus.-136. Un drama nuevo -209. La hija de nieve. 186.Lances de honor.-149.La locura de amor.-177. Lo positivo.-214. Virginia.

Dicenta. 6. El lobo. - 14. Sobrevivirse. - 24. El señor Feudal.-80.El crimen de ayer.-60. Daniel.- 66.Amor de artistas.- 77. Aurora. - 92. Luciana. - **Juan José.

Echegaray. -68 El alcalde Ronquillo. - 130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El gran Galeoto. -171. La mejor razón la espada. 234. El Zapatero y el Rey (1.ª parte).

Villaespesa.-10. El Rey galán. - 23. Abenhumeya. 37 . Doña María de Padilla. - 65. La leyenda de Castilla.-277. El Halconero. -** El Alcázar de las Perlas.-28. La Gioconda.-354. La maja de Goya.

Marquina. - 194. En Flandes se ha puesto el sol. -222. Doña María la Brava. - 201.El retablo de Agreiburo.-259.Las hijas del Cid.-198.El Rey Wenceslao.

Ramos Carrión. - 84. El noveno mandamiento.-86.La tempestad.-95.La boda.-135.- La muela del juicio.-104. El Egipto chico.- 199. Los sobrinos del capitán Grant. - 179. Mi cara mitad.-123. Los solteros.-218.La criatura.-90. La Marsellesa. - 271. Agua, azucarillos y aguardiente.

Vital Aza.-32. Francfort.-33. La Rebotica.-38. Ciencias exactas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-225.Llovido del cielo.-197. El señor cura.-138. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.-191 El afinador.-209.Perecito.

Ramos Carrión-Vital Aza.—147. El señor gobernador. - 119. Zaragüeta. —183. Robo en despoblado.-151. El padron municipal. - 110. El oso muerto.-132 La ocasión la pintan calva.-111 El rey que rabió.

Echegaray (Miguel) -44. La viejecita. - 51 Gigantes y cabezudos - 76. El dáo de la Africana. 91. La Rabalera - 115. Los de nosios en el cuerpo. -178. La Credencial. - 163. Los Hugonotes. - 120. Entre parientes. -111. El octavo, no mentir. -308. Juegos malabares. -305 Metorse a redentor.-307 La monja descalza.

Arniches.-2.La sobrina del cura.-11. La casa de Quiros -19.Las estrellas. -20. Doloretes. -21. La señorita de Trévelez. - 43. La gentuza. -67. La noche de Reyes. - 202. La chica del gato. - 243. La heroica Villa. -265. Es mi hombre. 266. La pobre niña.-289. Los caciques. -298. La hora mala. -302 ¡Que viene mi marido!

Arniches-García Alvarez. - 15. Alma de Dios. - 17.El pobre Valbuena. - 79. El terrible Perez. - 78.El fresco de Goya. - 53. El método Górritz. 97. El cuarteto Pons. -97. Mi papá.-124. El polio Tejada.-128.El perro chico. -105. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca. - 8.El verdugo de Sevilla.-12.Pácar XXI.-34.La frescura de la afuente.-51. El último Bravo.-56.Los cuatro Robinsones..64. Pastor y Borrego.

Muñoz Seca.-276.La plancha de la marquesa. - 273. La verdad de la mentira. - 275. Los pergaminos. - 276. La razón de la locura. - 278 La cartera del muerto. - 260. El Condado de Mairena. -141. La barba de Carrillo.-193 Faustina. -296. Los misterios de Laguardia. 301. El último pecado.

Muñoz Seca-Pérez Fernández. - 287. Pepe Conde o el mentir de las estrellas. -268. La fórmula 5 KS. -78.Trampa y cartón. -97. López de Coria. -187. Los amigos del alma. - 264. Un drama de Calderón. - 280. Martingalas. - 282. Trianerías. -283. La hora del reparto. - 285. El parque de Sevilla.

Paso-Abati. -13. El río de oro. -40. El gran casaño -116. La divina Providencia. - 208. Los perros de presa.

Perrín-Palacios.-74. La corte de Faraón.- 89. La manta zamorana. - 81. Pedro Giménez. - 89. La Generala. 98. Pepe Gallardo. - 150. El Rifiser de la guardia. - 142.Enseñanza libre. - 183. Certamen Nacional. - 184. Cuadros disparatados.-189. La Diva del Sol.-189.Las mujeres de don Juan. - 148. El País de las Hadas. - 243 Chamagúrgulo Nacional

COMEDIAS

1. Tristes de bienes.-3. El misántropo.-4.Los sensibleros.-5. Las cazadoras.-18.El hombre que asesinó 25. La eterna víctima.-26. Jerry Sansón.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerosa.-38 Rafles. - 41. Mirandolina.-42 Gente y figura. -47.Petit-Café. - 48.Los Novelceros -54. La Tizona. -55 Minuette y su mamá. -57 Los gemelos. -62 La casa de los burros -108 Franz Reitzer. - 109. La Casa.-108. La tía de Carlos.- 112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los ganzos del Capitolio.-129. El director general. -133. ¡Tocino del cielo!-134 Militares y paisanos-135. Maréchal, ¡vuelve!-139 . Jarabe de pico. 140 Papá Lebonnard.-143. El Revisor. 144 Blasco Jimeno.-145 El

ertuen de la calle de Leganitos. -148. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo. -158. La Cicilón. -159. El amor vela. -160. La señorita del almacén. -164. El Ladrón. -166. La pesca del milión. 167. El señor Duque 169. El gobernador de Urbequieta. - 173. Jettatore. - 180. Situaciones cómicas en el teatro español. -181. El tenor. -185. El primer rorro. -189. La casa de los milagros. - 195. El duelo.-199. Los amantes de Teruel. - 198. La Canastilla. - 201. Marcela, o ¿a cuál de los tres? 203. La historia del Don Juan Tenorio. -207. Un negocio de otro. -208. También la corregidora es guapa. -210. Mister Beverley. -212. La dama de las camelias.-215. Hamlet. -216. La caracterización y las marcillas.-220. Los piropeo -221. El Gavilan. -224. Esclavitud. -226. Las vírgenes locas. -227. El soldado de San Marcial. -228. Judith. -230. El pelo de la dehesa. -231. El corral de la Pacheca. 232. Haverlocar. -237 El puesto de antiquités de Baldomero Pagés.-238. Don Gil de las Calzas verdes -240. El arte de declamar.-242 Zazá.-243. La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe. 245 El mayor monstruo, los celos -247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio secreta venganza.-264 Mi salvador.-269. La tierra.- 272. La República de la broma -279. Gerineldo.-283. Los pollos bien.-299. La clave de sol.-300. Frutería de Frutos.-304. ¡Que no lo sepa Fernanda!-306. Alfonso XII, 13.-308. Santa Isabel de Ceres.-309. La luna de la sierra.- 310. ¡Si fué don Juan Andaluz!...-311. Margarita la Tanagra 313. Constantino Pla. -315 Mi marido se aburre. 316. El pobre Rico 317. Larrea y Lamata.-318. La caseta de la feria.-320. Melchor, Gaspar y Baltasar.-321 -La Presidenta.-322. El caudal de los hijos.-323. El cuarto de Ga lina.-325. La casa de Salud.-326. El madrigal de la cumbre.-327. Las mocedades del Cid.-328 El cerdo de Avilés.-329. La fiebre verde.-330. El hombre de las diez mujeres -331. Alcalá de los Gandules.-332. Arsenio Lupin.-333. La loca aventura.-334. Las superhembras.-335. La extraña aventura de Martín Pequet.-336. Flor de Córdoba.-337. Los malcasados.-338. El segundo marido.-339. El amigo de las mujeres.-340. El tiempo de las cerezas.-341. Nick Carter.-342. La reconquista.-343. Embrujamiento.-344. Gloria. 345. Pedro Pierro.-346. Nuestro enemigo.-347. Currito de las guitarras o El gordo de Navidad -348 El desconocido.-349. Las urracas.-351. Amo y criado.-352. El convento de Vergara.-353. La otra vida.-355. El examen de maridos.-356. El valiente capitan.-358. El Licenciado Vidriera.-359. La hermosa fea.-360. Nuestra novia. 361 El bello Don Diego.-363. El fin de Edmundo.-365. Una buena muchacha.-366. ¡Prisionera!. 368. El agua del Lozoya.-371. Arcadio es feliz.-372 La copa del olvido.-373. Vivir.-374. Las mujeres de Zorrilla.-375. La del molino.-376. Los gorriones del Prado.-378. La moza de Campanillas.-379. Espantapájaros.-380. Mon homme.-381 Pasa el lobo-382. La cena de los cardenales.-383. Bridge.-384. Ojo por ojo.-385. Su desconsolada esposa.-386 La embajadora.-387. El celoso extremeño.-388. Un hombre encantador.-390. El panal de miel.-391. El talento de mi mujer.-392. El otro derecho.-393. La red.-394. El hombre de mundo. -398. El paso del camello -399. En el llano.-401. La casa de los pájaros. 402. La pinpinela escarlata.-403. Muñecos de trapo.-406. La venta de don Quijote -408. El alba, el día, la noche.-409. Una mujercita seria.-410. La alegre diana. 411. La muerte del ruiseñor. 412. ¡No matarás!-413. El vizconde se divierte.-414. Mi mujer es mia. 415. La negra. 416 El anzuelo de Fenisa.-417 El clavo -418. El raton, El fuego y Las aceitunas. 419. «Málaga ciudad bravía.» -420. Hay que vivir.-421. Un buen mozo.-422. ¡Por ser la virgen de la paloma! 423. El dinero del duque.-424. El dilema.-425 - La caida de la tarde. 426 Abarragoitia y Salabanchurreta.-427. Bataclán. 431. Marcelino. 432. El secreto.-433. Elocultc tormento -434. La perla azul.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegria de la huerta.-61 La marcha de Cádiz -61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72 La Témpranica -79 El niño judío.-84. El padrino de «El Nene».-85. La balsa de aceite.-96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas -158 Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Trini.-163. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias -170. La Chicharra.-172 El nido del principal -174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias -176. La suerte de Salustiano.-184. La tragedia de Laviña.-202. La canción del olvido.-205. El As.-204. La suerte perra.-211. Tonadillas españolas (2.ª parte.)-233. El Príncipe Carnaval.-235 Don Lucas del Cigarral.-238. La novelera.-262. Matías López - 265. Tonadillas y tonadilleras españolas (3.ª parte.)-268. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte.)-274. Tonadillas y tonadilleras españolas (5.ª parte.) 277. El chaloco blanco.-281. La Hoja de Parra.-290. El Avapiés.-294. Chiribitas.-295. Tonadillas y tonadilleras españolas (6.ª parte.)-297. La cartujana.-301 El corto de genio -312. Arco Iris.-314. El gran Bajá. 319. Lola Montes 324 Tonadillas y tonadilleras españolas (7.ª parte.)-350. Tonadillas y tonadilleras españolas (8.ª parte) 357. Benamor.-362. La boda.-364. La venus de piedra. 367. Tonadillas y tonadilleras españolas (9.ª parte.)-369 Nancy.-370. El apuro de Pura.-377 La luz de Bengala.-395. La montería -396. Carmina la caseruca.-397. La alsaciana.-400. La linda tapada.-404. Tonadillas y tonadilleras españolas (10.ª parte.)-405. La guillotin.-407. Los gavilanes.-428. La garduña.-429. Las aventuras de Colón -430. Tonadillas y tonadilleras (11.ª parte.)

número atrasado: 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar.

(***) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA.

EL FOLLETIN

HA PUBLICADO AYER VIERNES

Historia de Gil Blas de Santillana (tomo III), por Alain-René Lesage.

132 páginas. 40 cts.